Todo esto no habia durado más que algunos instantes. Enteramente entregados á la felicidad de volverse á ver en los momentos en que trataban de separarlos, no habian aún hablado nada acerca de su situacion.

Margarita fué la primera que comprendió que los instantes eran preciosos.

—Escuchadme, querido mio,—le dijo;—quiero ser vuestra, deseo poder reposar sin temor en vuestros brazos. Pero quieren impedir nuestra union. A nosotros nos toca luchar y vencer. He concebido un proyecto cuya ejecucion asegurará nuestra felicidad.

—¡Oh, hablad, hablad, amiga mia! ¿Qué hay que hacer?

Y dichas estas palabras, Pascoul esperó una contestacion.

De repente vió á Margarita cambiar de color y de pálida tornarse lívida. Se apoderó de ella un súbito temblor, y un grito doloroso y sordo se escapó de sus labios, miéntras que sus ojos estaban fijos en un punto.

Pascoul, que se habia levantado precipitadamente, dirigió los suyos en la misma direccion.

A su vez permaneció helado de espanto.

Silencioso, inmóvil, los brazos cruzados sobre su pecho, un hombre les contemplaba.

III.

El indiscreto testigo, cuya presencia inesperada habia arrancado á Margarita un grito de terror, no era otro que Moulinet.

¿Cómo estaba allí? ¿Cómo habia sorprendido aquella dulce entrevista?

Nada más sencillo. Por prudente que hubiera

sido Margarita, ¿qué podia contra la activa vigilancia de Moulinet? Sentado en la cocina, fumando silenciosamente, miéntras que su compañero dormia, habia oido el ruido de los pasos de Pascoul, cuando de lo alto de la empalizada este último habia saltado al jardin. Habia salido, le habia visto entrar en la sala donde estaba Margarita y le habia seguido allí, conteniendo su respiracion, andando de puntillas. Acurrucado en la oscuridad, lo habia espiado todo, todo lo habia oido, y despues de haber comprendido el objeto de aquella nocturna entrevista, se habia levantado, presentándose ante las miradas espantadas de Margarita y de Pascoul.

Moulinet tenia unos treinta y cinco años. Era un hombre alto, delgado, cuyas facciones atezadas y tostadas del sol parecian dibujadas en un arrugado pergamino. No conocia á sus padres. Fruto probable de un amor desgraciado, habia sido encontrado, pocos dias despues de su nacimiento, por el dueño de la Bastida-Nueva, que era entónces un tio de Mad. Rivarot, en un molino abandonado que levanta todavía, en la cumbre de la colina de Gordes, sus grandes y descarnados brazos. De aquí provenia su nombre. Se le habia criado en la granja por caridad. Más tarde, cuando Rivarot se habia casado é instalado en la Bastida-Nueva, habia encontrado á Moulinet ocupando el primer lugar entre los criados, teniendo la direccion de los trabajos y la confianza del amo. Todos estos privilegios se los habia conservado Rivarot, y éste habia sido el orígen de la afeccion ilimitada de Moulinet, afeccion que le hubiera llevado hasta el crímen si su amo hubiera querido abusar de ella.

Hacía veinte años que el amo y el criado vivían juntos, sin haberse salido un momento, el uno de su autoridad, el otro de su sumision. Y, sin embargo, habia entre ellos una confianza sin límites.

A fin de no separarse ni de la granja ni del arrendador, Moulinet no habia querido casarse

nunca, á pesar de los esfuerzos de Mad. Rivarot.

—Yo ya no puedo pasarme sin la Bastida-Nueva, —decia él algunas veces,—como la Bastida-Nueva no puede pasarse sin mí.

Tal era Moulinet, y tal como era, le querian, por más que él no demostrase ninguna simpatía á sus semejantes. Esto consistia, segun decian, en una pena secreta que le roía el corazon. ¿Sería ésta la causa de que hablara tan poco, riera tan raras veces y no pusiera nunca los piés en la taberna?

Sólo Margarita podia alegrar el triste semblante de Moulinet. Si se detenia á hablar con él, si le acompañaba alguna vez cuando se dirigia al campo, si le pedia que la ensillara la pequeña yegua con la que ella iba, en los dias hermosos, á recorrer el país en compañía de su padre, Moulinet tenía alegría para mucho tiempo. Entónces charlaba tanto como una muchacha parlanchina, y los de la granja decian:

—Moulinet está de buen humor.

Mas ¡ay! estas dichas eran cada vez más raras. A medida que crecia y se hermoseaba, Margarita parecia alejarse más de Moulinet. La mañana del dia cuyos sucesos referimos, el desgraciado habia hecho constar que hacía tres meses que Margarita no le habia dirigido la palabra.

Por eso, cuando la sorprendió á solas con Pascoul, cuando el secreto de aquel amor profundo y antiguo ya le fué de pronto revelado, creyó haber adivinado la causa de la frialdad y del desden que Margarita le demostraba hacía mucho tiempo.

—Ese condenado Pascoul,—pensó,—me habrá privado de su confianza. Ese hermoso *félibre* la habrá dicho que un ignorante como yo no era digno de la amistad de una linda muchacha como ella.

Y con los puños apretados, lleno de cólera, los contemplaba con rabia. Ellos, impacientes, avergonzados de haber sido sorprendidos por él, guardaban silencio.

Margarita, la primera, levantó la cabeza y cogió la mano de Pascoul.

—Véte,—le dijo.

Por toda respuesta, Pascoul la estrechó contra su pecho. Sus labios se acercaron, y, á la vista de Moulinet, como en el momento en que les habia sorprendido, como si hubieran estado solos, cambiaron un prolongado beso.

Despues, Pascoul se dirigió lentamente hácia la puerta, miéntras que Margarita, apoyada en su brazo, le hablaba con amor. Durante esta corta escena, Moulinet habia permanecido inmóvil, preguntándose si el espectáculo que pasaba ante sus ojos era un sueño ó una realidad.

Así, pues, era aquella la Margarita que él habia visto nacer y crecer, por la que hubiera dado su vida y á la que creía pura y casta. Acababa de despedazar su pudor delante de él. Habia besado á aquel hombre con un ardor que ofendia la natural honestidad de aquel aldeano. Al instante tomó su determinacion. Se fué derecho á la puerta, la cerró precipitadamente, dió vuelta á la llave en la cerradura, se metió la llave en el bolsillo, y dirigiéndose á Pascoul:

—No saldreis,—le dijo.

—¿Qué pretendeis hacer?—preguntó con arrogancia Pascoul.

—Esperar,—contestó Moulinet.—Antes de la una volverá el amo, y os entendereis con él.

—¿Y si quiero salir á pesar vuestro?

—Tendreis que hacerlo á la fuerza.

—Entónces esperaré, porque no quiero turbar con una lucha la tranquilidad de esta casa.

—Moulinet,—exclamó Margarita,—déjale salir.

—No me supliqueis, señorita,—dijo con dulzura.—Dejarle marchar, sería hacer traicion á la confianza de mi amo. Eso no lo haré: no faltaré á mi deber.

Ante esta declaracion, que la quitaba su última

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

esperanza, Margarita dió un salto de pronto, y poniéndose delante de Moulinet:

—¿Es por celos, no es verdad,—exclamó,—por lo que quieres detenerle aquí?

—¡Por celos!—balbuceó Moulinet.

—¡Sí, por celos! ¿Crees que no me he apercibido de tu ridículo amor?

A su vez, Moulinet retrocedió. Perdió toda su tranquilidad, miró á Margarita con espanto, miéntras que Pascoul se habia acercado á ellos.

—¿Qué es lo que esperas,—replicó la jóven,—vengándote de mi amante? Aun cuando no debiera ser su mujer, y lo seré hagan lo que hagan, ¿te has figurado que podria ser la tuya, que llegaría á ser Mad. Moulinet?

Y empezó á reir á carcajadas, con una risa nerviosa, dejando escapar de sus labios estas palabras:

—¡Yo Mad. Moulinet!...

Despues añadió:

—¡Ve ahí á lo que se reduce tu austera conducta, servidor fiel! Deseas la hija de tu amo. ¿Se lo has dicho á él?

Moulinet no contestó.

Temblando, la cabeza baja, la mirada torva, escuchaba oprimiendo convulsivamente su abrasado pecho.

¿Qué pasó en el interior de aquel hombre? ¿Qué voz secreta escuchó en medio de la tormenta desencadenada en su corazon?

Despues de algunos instantes de profundo silencio, buscó en su bolsillo la llave que hasta entónces habia negado á Margarita. La puso temblando en la cerradura, abrió la puerta, y volviéndose hácia Pascoul:

—Salid,—le dijo.

Pascoul, á quien aquella escena habia llenado de asombro, estrechó, sin decir palabra, la mano de Margarita, y se dirigió hácia la puerta. Pero, en el

momento en que atravesaba el umbral, oyó súbitamente á su lado una voz y se vió precisado á retroceder.

—¿Qué haceis aquí á estas horas, Pascoul?

Esta voz era la del arrendador.

—¡Ya es tarde!—murmuró dolorosamente Margarita.

Los ojos de Moulinet revelaron una expresion indefinible. Era á la vez de dolor, de satisfaccion, de cólera y de espanto.

Se adelantó hácia Rivarot, y en el momento en que este último iba á abrir la boca, le señaló, con un gesto rápido, las personas que acababan de entrar en la sala al mismo tiempo que él. Rivarot comprendió.

Se volvió hácia los que le habian seguido, y afectando un humor alegre:

—Hijos mios,—dijo,—los que querais tomar alguna cosa no teneis más que pasar á la cocina. Federico,—y se dirigió á su sobrino Federico Borel, que se encontraba entre ellos,—tú cuidarás de que nada les falte. Da tus órdenes como si estuvieras en tu casa.

Federico salió acompañado de todo el personal de la granja.

Cuando se quedó sólo con su mujer, en presencia de los tres personajes que habia sorprendido, Rivarot los miró con impaciencia, y dirigiéndose á Moulinet:

—¿Me explicarás, por fin, lo que significa todo esto?—le dijo.

—Señor,—contestó Moulinet,—me habiais confiado la vigilancia de la granja. Yo he vigilado y he encontrado á este jóven encerrado aquí con vuestra hija.

Mad. Rivarot lanzó un grito, se cubrió el rostro, miéntras que el arrendador se lanzaba sobre Pascoul con el puño levantado. Pero este último detuvo el brazo que iba á caer sobre él, y dijo con firmeza:

—Mis intenciones eran puras, Rivarot; os he pedido vuestra hija en matrimonio; os la pido otra vez.

La calma de Pascoul, las palabras que acababa de pronunciar, cambiaron al parecer las disposiciones del arrendador. Reflexionó un instante, y, dirigiéndose á Moulinet:

—Véte con tus compañeros,—le dijo.

Despues, volviéndose á Margarita:

—En cuanto á vos,—añadió,—subid á vuestro cuarto. Debeis necesitar descanso.

Fué obedecido. Moulinet y Margarita salieron. Cuando la puerta de la gran sala se abrió para darles paso, se escapó de esta pieza un torrente de luz y de ruido. En la que habia quedado Pascoul con el arrendador y Mad. Rivarot no reinaba más que una débil claridad, que comunicaba á todos los semblantes, quebrantados por la emocion, fatigados por la larga velada, un tinte de dolor que daba pena verlo. Rivarot tomó la palabra.

—Os he negado á mi hija,—dijo á Pascoul;—habeis vuelto, sin embargo. Quereis que sea vuestra á pesar mio; no culpeis, pues, á nadie más que á vos de lo que vais á saber. Voy á haceros conocer el motivo de mi negativa.

¡Es tu hija!—exclamó Mad. Rivarot.—Lleva tu nombre: es tu sangre.

—¡Qué importa! Sí, desgraciadamente, es mi hija; pero Pascoul quiere ser mi hijo, y no tengo el derecho de ocultarle nuestro secreto.

Se detuvo y prosiguió solemnemente:

—El Dios que acabo de recibir, ese Dios es testigo de que lo que voy á decir es la pura verdad. Si os niego mi hija, Pascoul, es porque no es digna de vos ni de ningun hombre honrado.

Al pronunciar estas palabras, un sollozo se escapó de su pecho, sollozo que tuvo un eco, porque Mad. Rivarot vertia tambien abundantes lágrimas.

—¡Deshonrada!—exclamó Pascoul apretando los puños.—¿Quién es el miserable?...

—Interpretais mal mis palabras,—contestó dulcemente el arrendador;—si mi hija no es digna de vos, no es porque se haya entregado á otro. Bajo ese punto de vista, es pura.

Pascoul respiró.

—Pero su alma está pervertida; si no ha obrado mal, es porque no ha podido.

Hubo un doloroso silencio. Rivarot continuó:

—Es una triste historia. Nunca hemos tenido más que esa hija; aún no andaba, y ya era el encanto de todos los que la veian; entónces no pensábamos más que en regocijarnos. Es verdad que tenía un carácter descontentadizo. A los cinco años, ya era vanidosa, coqueta, hipócrita, embustera. Pero esto apénas me ponia en cuidado... ¡era tan niña! Eso pasará, decia la madre. Se equivocaba; aquello no pasó. Un dia, Margarita no habia cumplido siete años, se cometió un hurto de manzanas, y se atribuyó el hecho al hijo de uno de los criados. El padre le molió á golpes, le hubiera matado si no se le hubieran quitado de las manos. Margarita asistió fria, impasible, muda á aquel espectáculo. Algunos dias despues supe que habia sido ella la ladrona.

El desgraciado Rivarot se detuvo un momento. Pascoul le escuchaba presintiendo que iba á saber cosas horribles. En cuanto á Mad. Rivarot, tendida sobre su silla, los ojos cerrados, parecia inmóvil.

—Este lance,—prosiguió Rivarot,—nos abrió los ojos. En vano tratamos de descubrir á qué maligna influencia obedecia Margarita. La interrogamos, y adquirimos una horrible certidumbre: hacía el mal por instinto. Entónces determinamos meterla en un convento de Avignon. Tres meses despues, una mañana, la superiora me llamó y me dijo que ya no podia conservar á su lado á mi hija. A todos los defectos que yo habia advertido en Margarita, habia que añadir la pereza; pero no era esto todo, siempre tenía en la boca cuentos que demostraban una corrupcion sin ejemplo. Varias veces habian

sorprendido en su pupitre libros horribles que ella sabía proporcionarse fuera é introducir fraudulentamente con una habilidad infernal; sin embargo, apénas sabía leer. Parecia que no los tenía allí más que para pervertir á sus compañeras. La traje aquí: fué rigurosamente vigilada, y, al cabo de un año, creí que podia ponerla en otro colegio. Me figuraba que estaba corregida en parte, porque, miéntras habia estado sola, no habia tenido por qué quejarme de ella. ¡Ay de mí! cuán desengañado quedé, cuando de nuevo tuve que reprenderla por las mismas causas que me habian obligado ya á retirarla del convento de Avignon. Me citaron de ella hechos odiosos que no me atrevo á repetiros y que demostraban una imaginacion malsana. Lo que me exasperaba era no poder hacer á nadie responsable de los estragos causados en aquel alma tan jóven y que no habia tenido más que buenos ejemplos que imitar. Habia venido al mundo dispuesta al mal. Decidimos que no se separara ya de nosotros. La profesora de Gordes la daba lecciones á las cuales asistia siempre la madre. El cura, que conocia nuestra desgracia, venía con frecuencia. Estudiaba con nosotros los progresos de la corrupcion moral que nada podia detener, por más que yo habia empleado sucesivamente el rigor y la dulzura. Largo tiempo discutimos si sería conveniente que Margarita hiciera su primera comunion. El cura pensó que este grandioso acto ejerceria tal vez sobre ella una benéfica influencia. El dia de la ceremonía, nuestra hija estaba admirable entre sus compañeras, á las que aventajaba en gracia y hermosura. Parecia un ángel. Supe por la tarde, que en el momento más solemne habia dicho á una de ellas: «No tragues ese pedazo de pasta; es veneno. ¡Los curas envenenan las hostias!»

Rivarot se detuvo otra vez, como si no tuviera fuerzas para continuar. Pascoul se estremecía de horror.

—¿Y despues—dijo por fin,—no ha cambiado?

—Despues, ha crecido, se ha hecho más hermosa, pero al mismo tiempo más hipócrita. Yo hubiera querido tenerla encerrada, no dejarla ver á nadie; pero hubieran dicho que la maltrataba. He hecho, pues, de tripas corazon. La vigilo y lo vigilo todo á su alrededor. He despedido dos ó tres jóvenes aldeanos á los cuales hacía cara, por el sólo placer de ser adulada. En las fiestas votivas, á las que he tenido que llevarla porque me ha sido preciso tratarla como si fuera la mejor de las hijas, la habeis visto orgullosa y fria, siempre dispuesta á oir lisonjas; pero nunca, nunca ha tenido su corazon un arranque sincero. Os lo repito con dolor, pero sin cólera: está pervertida hasta la médula de los huesos.

Mad. Rivarot, que hasta entónces no habia abierto la boca, se levantó, y acercándose á Pascoul:

—¿No tenía yo razon,—le dijo,—cuando el otro dia os aconsejaba que no volvierais?

—Yo no os he culpado, señora, — respondió Pascoul.

—He resuelto,—prosiguió Rivarot,—no casarla en tanto que yo pueda ejercer sobre ella mi voluntad. Sería la deshonra de su marido, y viviendo yo, no la consentiré que haga á nadie desgraciado. Tal vez pasaré por un padre original y cruel, porque á todos sus pretendientes yo no he dicho, yo no diré lo que os he dicho á vos; á quien compadecerán será á ella. Poco me importa. Por otra parte, yo espero no sufrir mucho tiempo. Dentro de tres años será mayor de edad y se apresurará á librarse de mi autoridad. Pero tengo la conviccion de que ántes de que llegue ese momento, Dios me habrá llamado á sí.

—Y yo, Rivarot,—dijo su mujer arrojándose á su cuello,—¿te olvidas de mí?

—No, mujer, no te olvido; porque en medio de

los disgustos que he sufrido, siempre me has consolado y sostenido.

Esta escena habia conmovido á Pascoul hasta el fondo del alma, y de pronto tuvo una inspiracion.

—No está todo perdido,—dijo;—si quereis, la salvaremos. Dádmela. El amor la transformará.

Rivarot se encogió de hombros.

—¡Pobre loco! la obra que quereis emprender os mataria. ¡Creeis que Margarita os ama; os engañais! Ella no amará ni á su marido ni á sus hijos, porque no ha amado ni á su padre ni á su madre. Lo que ella busca en el matrimonio es su libertad. ¿Qué uso hará de ella? Ahora,—añadió,—mi confidencia ha terminado. Yo debia hablaros así; sí, un padre debe decir la verdad, por mucho trabajo que cueste decirla, al hombre honrado que le pide su hija. La primera vez he vacilado en explicarme, pero hoy ya no tenía el derecho de hacerlo. Partid; guardadme el secreto y olvidad todo esto; olvidad á mi hija: no puede ser vuestra mujer. En este punto mi resolucion es irrevocable.

—Ah! sois muy cruel,—respondió el desgraciado Pascoul, que lloraba sus destruidas esperanzas y su felicidad perdida;—mi amor ha resistido á vuestras declaraciones. Yo la adoro siempre. Me ha robado el corazon, y esto es para toda la vida. ¡Ceded á mis ruegos; os repito que la salvaré!

—Y yo os digo que ella os perderia. ¿Acaso puede enderezarse el árbol despues que ha crecido? El mal está hecho; ya no tiene remedio. Estais advertido; no os expongais.

Esta cruel entrevista habia terminado.

En la pieza inmediata, los gritos y las risas habian cesado. Rivarot abrió la puerta del jardin. El cielo iba aclarando; las estrellas palidecian medio cubiertas por nubes de color gris.

—Partid, Pascoul,—dijo entónces el arrendador,—y creedme, no volvais más. Esta casa os sería fatal.

—¡Ah, qué desgraciado soy!—exclamó el jóven.

Y pálido, loco, desesperado, trastornado por tantas emociones, se lanzó al campo sin saber hácia dónde dirigia sus pasos.

IV.

Pascoul caminaba por el campo desierto y triste, vacilante como un hombre ebrio bajo el peso de la amorosa locura que llevaba en la cabeza y del abatimiento que tenía en el corazon.

Su capa flotaba en torno suyo, y para calmar el fuego que abrasaba su frente, iba con la cabeza descubierta, insensible al frio, al viento, á la nieve que, de repente, habia empezado á caer en el momento en que salia de la casa de Rivarot.

A su paso, los desnudos árboles crujian produciendo mil ruidos que él no oia. Todo era oscuridad y silencio en aquellos campos que el dia no iluminaba aún, imágen de su alma, de donde la luz habia desaparecido.

Los pensamientos más diversos se agolpaban á su imaginacion, sin que fuera capaz de fijarse en ninguno de ellos. Tan pronto se confesaba que Margarita era una criatura peligrosa y que era preciso olvidarla, como, por el contrario, se decia que Rivarot habia exagerado y tomado por vicios sin remedio lo que no era más que la exuberancia de un alma ardiente contenida en sus aspiraciones.

Aquel grito que él mismo habia lanzado: «Yo la salvaré,» resonaba sin cesar en sus oidos, y resumia la única de sus esperanzas que habia resistido á las revelaciones que acababa de oir. Pero alguna vez esa misma esperanza se debilitaba á medida que se presentaban en su imaginacion los odiosos hechos citados por Rivarot. Entónces odiaba al arrendador